

## Skinner, mentalismo y cognitivismo\*

Marc Richelle  
*Universidad de Lieja*

*El artículo discute el antimentalismo de Skinner, primero en el marco de su conductismo radical —en oposición al conductismo metodológico—, y posteriormente referido a la reciente evolución hacia las concepciones cognitivistas. Se distinguen distintas variantes de estas concepciones que se diferencian en cuanto a sus implicaciones metodológicas, epistemológicas, éticas y prácticas. La posición de Skinner respecto a estas diferentes formas de cognitivismo se ilustra con referencias a sus escritos más recientes.*

Palabras clave: *Skinner, Cognitivismo.*

*This paper discusses Skinner's antimentalism related to his radical behaviourism —opposed to methodological behaviourism— and secondly related to the recent evolution towards the cognitivist approach. We can distinguish different versions in such approach which differ in their methodological, epistemological, ethical and practical contents. References to Skinner's latest writings illustrate his position to these different ways of cognitivism.*

Key words: *Skinner, Cognitivism.*

### Vida mental y conductismo

Para la mayoría de los psicólogos contemporáneos, que se llaman a sí mismos cognitivistas, o al menos especialistas de las ciencias cognitivas, el antimen-

*Dirección del autor:* Marc Richelle, Université de Liège, Faculté de Psychologie et des Sciences de l'Éducation, Psychologie Experimentale, 5, Boulevard du Rectorat, B-32, Sart-Tilman, B-4000 Liège, Belgique.

\* Este texto fue utilizado como base de las conferencias pronunciadas en la Universidad Nacional de Educación a Distancia y la Universidad Autónoma en Madrid y en la Universidad Central de Barcelona en 1991, durante un año sabático del autor en España. Agradezco su hospitalidad a los colegas del Departamento de Personalidad, Evaluación y Tratamiento Psicológicos de la Universidad de Granada y del Departamento de Psicología Básica de la Universidad Complutense de Madrid, y también de las Facultades que me invitaron para visitas más cortas. Por otra parte, quisiera dar las gracias por su ayuda lingüística en la preparación de este texto al Profesor Helio Carpintero y a los editores del *Anuario de Psicología*. Mi estancia en universidades españolas durante el año académico 1990-1991 ha sido posibilitada por el *Fonds National de la Recherche Scientifique* de Bélgica y las autoridades académicas de la Universidad de Lieja.

talismo aparece como la mayor debilidad y el pecado capital de la teoría de Skinner. Lo que para ellos aleja a Skinner definitivamente de las tendencias actuales de la psicología, en la que se ha vuelto otra vez al estudio de la mente. No se puede aclarar este tema sin situar el antimentalismo de Skinner en su contexto de origen, y diagnosticar lo que se llama *cognitivismo* y cuáles son sus propios problemas hoy. Ello me parece muy importante porque Skinner dedicó muchos de sus escritos en los últimos veinte años a repetir sus propias ideas, y a pulir sus argumentos contra las concepciones cognitivistas. En la última conferencia que pronunció poco antes de morir, aún comparó el *cognitivismo* con el *creacionismo* en la biología (Skinner, 1990).

El antimentalismo de Skinner se debe entender, naturalmente, en el marco del conductismo, y más precisamente, de su tipo de conductismo radical. Como se sabe, la revolución conductista tendió esencialmente a escapar del callejón sin salida en el cual se encontró la psicología científica al principio de nuestro siglo. A pesar del respeto al rigor metodológico, la psicología aún dependía de la introspección como la fuente principal de informaciones o como medio de recoger datos sobre los estados mentales o la vida mental. Esta aproximación resultó insatisfactoria en diversos aspectos. Entre otros, se había quebrantado seriamente la fiabilidad de los informes introspectivos por los psicoanalistas; los psicólogos de la escuela de Würzburg habían fracasado en sus tentativas para aclarar los procesos del pensamiento basándose en la introspección; los especialistas del comportamiento animal no encontraron en la psicología experimental humana mucho que pudiesen utilizar, mientras que las investigaciones fisiológicas en animales se habían revelado muy fructíferas al deducir leyes fisiológicas generales, y en consiguiente, leyes de fisiología humana.

Cuando Watson proclamó que la psicología es la ciencia de la conducta, cristalizó ideas ya expresadas por otros, especialmente por Piéron en Francia (LeNy, 1985), aunque de manera no tan asertiva, y ya aplicadas elegantemente, aunque con menos elaboración epistemológica, por Pavlov y su grupo. Fue el segundo paso hacia la integración de la psicología en el campo de las ciencias naturales desde la fundación de la psicología científica medio siglo antes. El hincapié se hizo en las conductas observables, a expensas de los estados mentales. Aunque esta nueva concepción de la psicología se propagó con rapidez, y resultó aceptada muy ampliamente, el mentalismo no desapareció de la escena: estados y entidades mentales, o «constructos» de varios tipos, se mantuvieron muy florecientes en diversos campos de la psicología bajo nombres tales como aptitudes, actitudes, necesidades, etc. Los psicólogos que siguieron utilizando este tipo de conceptos para describir y explicar las conductas humanas nunca fueron, desde luego, realmente conductistas.

El antimentalismo de Skinner estuvo, al principio, dirigido contra estos abusos de las «ficciones explicativas». Él consideró que tienen un efecto perverso, el de cortar la búsqueda de una verdadera explicación, al conferir un estatuto causal a estados interiores que no se pueden verificar. Fue la objeción más importante por parte de Skinner al concepto de aparato psíquico de la teoría de Freud, a pesar de su valoración muy positiva de la aproximación determinista a la conducta humana y de las observaciones clínicas del propio Freud. El con-

traste entre posiciones tan opuestas es bastante claro y los argumentos del anti-mentalismo en este marco se entienden sin ninguna dificultad, aunque es verdad que se pueden discutir.

Un tema mucho más sutil, y también más significativo en relación con el ascenso ulterior del cognitivismo, surgió en el campo del conductismo mismo. Se puede resumir en la oposición entre conductismo metodológico y conductismo radical. El conductismo metodológico admite que no se puede acceder a la vida mental directamente con los métodos científicos, pero plantea, más o menos explícitamente, que es la vida mental lo que los psicólogos quisieran comprender. Ésta es la razón por la que se resignan a estudiar lo observable, con la conciencia de que siempre se quedarán, por decirlo así, en la superficie de las cosas.

El planteamiento del conductismo radical es totalmente distinto. Sostiene que lo mental no es cosa diferente de lo conductual y que no hay ninguna razón para distinguir entre las conductas observables y lo que ocurre dentro del organismo, si se puede tratar con los instrumentos de la psicología. Esa distinción no se basa más que en interpretaciones precientíficas o paracientíficas del sentido común o de la filosofía. Esas interpretaciones no están más relacionadas con una aproximación científica a la psicología de lo que pueda estarlo la descripción bíblica de la creación con una explicación biológica del origen de las especies. Desde esta perspectiva, el estudio de la conducta se concibe incluyendo todo lo que se puede analizar al nivel psicológico. No deja ningún espacio para un territorio impenetrable que se podría explorar solamente con instrumentos fuera de la competencia de la ciencia, un territorio en el cual se ubicarían algunos agentes inalcanzables de los fenómenos observables (lo que plantea el conductismo metodológico). Evidentemente, el sentido de la palabra *conducta* en este contexto no se reduce a las acciones motrices elementales o rudimentarias; se refiere también a las conductas verbales, a la solución de problemas o a las innovaciones.

No se puede esperar que estas concepciones estén exentas de dificultades. De hecho, hay dificultades en ambos campos, y estas dificultades explican, hasta cierto punto, que el conductismo radical haya sido rechazado tan fuertemente por unos, y que el conductismo metodológico se haya convertido en cognitivismo.

Los conductistas metodológicos pueden tener dos posiciones diferentes respecto a los fenómenos mentales. Pueden sostener que estos fenómenos son por esencia inalcanzables con los medios científicos y que hay que resignarse a estudiar sus reflejos en las conductas observables; se condenan a sí mismos, al formularlo así, a un tipo de platonismo, mirando solamente a las imágenes de las esencias. Por otro lado, pueden pensar que los límites actuales son temporales, y que los progresos de las técnicas de investigación podrían al fin y al cabo hacer pasar la frontera. El debate en torno a los límites infranqueables del conocimiento científico no es cosa nueva en la historia de las ciencias, pero habitualmente los científicos manifiestan su confianza en el poder de sus métodos y dejan abierta la posibilidad de que entenderán más tarde lo que no comprenden ahora.

Como veremos enseguida, el cognitivismo es, en parte, una evolución del conductismo metodológico que emergió gracias a los progresos de las técnicas experimentales, las cuales han hecho accesible lo que con anterioridad era inac-

cesible. Pero, a la vez, el comportamiento ha sido relegado al nivel de una simple manifestación de la vida mental, más honda, pero finalmente descubierta.

El conductismo radical también tenía sus problemas. Skinner se oponía al mentalismo no porque se refiere a lo mental, sino porque el recurrir a entidades mentales a menudo produce la ilusión de explicar, cuando en realidad impide la búsqueda de una explicación; admitía que existen fenómenos interiores (la palabra *interior* le parecía más aceptable que *mental*) que pertenecen al dominio de la conducta. Como decía Skinner, la piel no es una frontera tan importante. No obstante, nos quedaremos con las preguntas: ¿cuál es, exactamente, el estatuto de esos fenómenos interiores, y cómo podemos acceder a ellos? ¿Cómo vamos a trazar los límites entre lo que se puede tratar en el marco de un análisis de la conducta y lo que se debe dejar a los fisiólogos? —según la sugerencia del propio Skinner, en otras ocasiones, de que los procesos interiores se deben dejar a los que tienen métodos apropiados para estudiarlos. En casos más simples, como ocurre en el lenguaje interior, parece bastante fácil dar cuenta del proceso de interiorización de lo que fue inicialmente manifiesto, y además, se pueden definir las características de este tipo de comportamiento interior por medio de procedimientos genuinos, como los que utilizó Vygotski en ese caso. Se puede extender el mismo argumento a los casos de conductas perceptivas en ausencia del estímulo, si se concibe la percepción como acción, en lugar de concebirla como una grabación de copias de la realidad. Sin embargo, tales acciones no se ofrecen fácilmente a la investigación, y a los psicólogos no se les abre otra vía que la de hacer inferencias e imaginar procedimientos que las hagan plausibles.

### Los cognitivismo: una tentativa de clasificación

El ascenso del cognitivismo no podía dejar a Skinner indiferente. Reaccionó a diversos aspectos y en diversos estilos. A veces, reaccionó con ironía; a veces, en un tono patético o retórico, como al final de una de sus conferencias en que imitó a Zola cuando lanzó sus famosas acusaciones en el caso Dreyfus; a veces, de una manera crudita, como en el artículo sobre el origen etimológico de las palabras más utilizadas por los cognitivistas; a veces, con un tono de desencanto, como en su trabajo titulado «¿Qué pasó con la psicología como ciencia de la conducta?» (Skinner, 1987a).

Antes de resumir sus argumentos, me parece importante que intentemos definir lo que se entiende con esta palabra mágica que ha invadido la psicología hace algunos años. Al examinar las cosas tan distintas a las que se aplica la misma etiqueta de cognitivismo, parece evidentemente imposible proponer una definición única. No hay *un* cognitivismo, sino varios tipos de cognitivismo. Hay relaciones entre éstos, pero las diferencias son lo bastante importantes como para no confundirlos en el mismo saco. La clasificación siguiente es una tentativa personal, que nos ayudará a entender y evaluar las críticas expresadas por Skinner, que no fueron todas dirigidas contra el mismo tipo de cognitivismo.

Me parece apropiado distinguir cuatro tipos de cognitivismo<sup>1</sup>. Son diferentes según se haga hincapié sobre el aspecto metodológico, epistemológico o ético, o sobre el impacto práctico y profesional. Por razón de comodidad, utilizaré las etiquetas de *cognitivismo metodológico, epistemológico, ético e institucional*, respectivamente.

El *cognitivismo metodológico* sigue perfectamente la tradición de la psicología científica, basada en el uso de los procedimientos científicos para incrementar nuestro conocimiento en cualquier campo de la realidad. El interés por los procesos interiores (tratamiento de la información, representaciones, organización de la memoria, etc.) refleja el hecho de que han sido solucionados por los investigadores algunos problemas de accesibilidad. Se han diseñado nuevas técnicas o se han mejorado técnicas tradicionales (por ejemplo, el amplio uso de la llamada cronometría mental propuesta por Donders en el siglo pasado), lo que ha posibilitado el estudio de fenómenos y procesos que habrían sido hasta ahora inaccesibles o simplemente desconocidos. Se han formulado nuevas hipótesis y nuevos modelos teóricos que tienden a explicar y a incorporar datos ya conocidos con anterioridad, pero que no se podían entender en el marco de las teorías anteriores.

Todo eso no ha sido una revolución, sino una evolución cuyas fases sobresalientes se pueden identificar en el pasado, incluso en el pasado del conductismo. Se reconoce a Tolman el mérito de haber planteado cuestiones cruciales a propósito de los comportamientos orientados hacia un objetivo, o de haber propuesto el concepto de *mapa cognitivo* para explicar el aprendizaje latente de las ratas en el laberinto. La mayoría de los neobehavioristas tuvieron un interés explícito en los procesos que tienen lugar entre el estímulo y la respuesta, y recurrieron con más o menos éxito a las variables intermedias. Karl Lashley, en algunos de sus escritos o conferencias más influyentes, especialmente la famosa lección sobre el tema del orden serial en la conducta, abrió nuevas perspectivas a la psicofisiología de la motricidad con la noción de *programa motor*, que ahora es una noción básica de la psicología cognitiva. Las especulaciones teóricas elaboradas por D. Hebb sobre el tipo de organización nerviosa que requiere el proceso de aprendizaje, a pesar de las fuertes críticas de Skinner contra ellas (atacándolas por no referirse a un sistema nervioso central, sino «conceptual»), fueron y aún son una fuente permanente de inspiración, incluso más allá del cognitivismo en el nuevo campo del conexionismo. G. Miller, Galanter, Pribram, Broadbent, y poco más tarde Neisser, cuando establecieron los fundamentos de la psicología cognitiva, estaban siguiendo a estos eminentes precursores.

Como prácticamente todos los campos de las ciencias, el cognitivismo metodológico se ha beneficiado de los avances de la tecnología del ordenador, a la vez como una herramienta de investigación sin precedentes (las investigaciones contemporáneas en el campo de los procesos atencionales, por ejemplo, no se pueden concebir sin el ordenador moderno), y como una fuente de metáforas explicativas, de modelos del funcionamiento del sujeto que se pueden probar empíricamente (lo que es una condición importante de cualquier modelo metafórico). Si las miramos a distancia, ignorando por un momento los conflictos entre

1. Una presentación más elaborada de esa clasificación ha sido publicada en Siguan (1987), Richelle (1987).

cognitivistas y conductistas, las investigaciones psicológicas actuales se ven como la continuación del pasado, es decir, la ampliación de lo hecho con anterioridad, lo que fue también condición para emerger nuevas cuestiones y elaborar medios nuevos para solucionarlas. Los que están haciendo hoy investigaciones de calidad no se sienten preocupados por la pertenencia a una escuela o una secta, y tampoco por la necesidad de tener una definición universalmente aceptada del objeto de la psicología —de la misma manera que los biólogos del pasado estaban poco preocupados por la esencia de la vida, y preferían analizar a los organismos directamente, y avanzar progresivamente, paso a paso, hasta un punto en que el conocimiento acumulado quizá permitiría aclarar el concepto de vida.

El *cognitivismo epistemológico*, que podríamos llamar de manera apropiada *cognitivismo radical*, va un paso más allá, y, claro, un paso de gran consecuencia. No se contenta con explorar nuevos objetos con técnicas y modelos genuinos, sino que cambia radicalmente el objeto de la psicología. Se preocupa exclusivamente de los procesos mentales, y relega los comportamientos al estatus de expresiones observables de las actividades mentales, quizás aún útiles —por algún tiempo— para inferir lo que pasa dentro la mente, pero sin ningún interés por sí mismas. Cuando se reprochaba al conductismo desconocer la vida mental y la conciencia, al reducirlas al nivel de epifenómenos de la conducta, el *cognitivismo epistemológico* invierte completamente las perspectivas, al tratar los comportamientos como simples subproductos de lo mental. Un ejemplo de tal *cognitivismo radical* se encuentra en la teoría del aprendizaje animal de Dickinson, que declara: «Los cambios en el comportamiento no tienen ningún interés sino como indicios funcionales de los fenómenos interiores» (Dickinson, 1980, p. 21). Éstos, bajo nombres tales como representaciones, procesos mentales, etc. son realmente aquéllo de que trata la psicología. De los comportamientos no hay que preocuparse si no es para basar inferencias, esperando que un día será posible acceder directamente a las representaciones mentales; en cuyo caso, se podría prescindir de los comportamientos.

La relación del *cognitivismo epistemológico* con la neurobiología provoca algunas cuestiones en las que no podemos profundizar aquí. Quiero comentar solamente, y brevemente, un problema. Si no se fijan instrumentos específicamente psicológicos para indagar las representaciones mentales, se corre el riesgo de que la psicología deje el terreno a la neurobiología el día que los neurobiólogos tengan los medios apropiados para explorarlas directamente. Esto no sería, seguramente, un desastre universal, sino la desaparición de la psicología. Pero se debe preguntar: ¿puede la neurobiología avanzar sin una ciencia de la conducta? El *cognitivismo radical* puede sobrevivir solamente si afirma una independencia total del análisis cognitivo y del análisis neurobiológico, a pesar de posibles contradicciones entre los dos, que es la posición funcionalista defendida por Johnson-Laird, entre otros. Se puede ver en ella otra forma de psicología de la «caja negra».

El *cognitivismo ético* está relacionado con la rehabilitación del control autónomo del sujeto psicológico, de la racionalidad sobre las pulsiones instintivas, del libre albedrío sobre las causas inconscientes de las conductas. Podría ser una reacción contra la concepción del hombre del freudismo, y también contra la del

darwinismo. Todas las teorías psicológicas que han tomado en serio la hipótesis determinista, y han tratado, como Skinner, de formular de nuevo los conceptos de intención, de logro, de deseo, de preferencia y de decisión, recurriendo a variables del medio ambiente o de la historia del sujeto, se enfrentaron con la fortaleza del libre albedrío, porque quitaban al sujeto su autonomía. Con el cognitivismo ético, se vuelve otra vez a la autonomía, si bien solamente en la magia de las palabras. Las metáforas informáticas dan una nueva respetabilidad a estos términos —elección, decisión, etc.— que inicialmente fueron sacados del lenguaje corriente por los especialistas de ordenador, sin tener en cuenta los problemas que plantean estas palabras en el campo de la psicología científica. Después, los psicólogos cognitivistas adoptaron las mismas palabras a partir del campo de la informática, sin darse cuenta de que fueron utilizadas por razones esencialmente prácticas.

El cognitivismo ético encontró apoyo en teorías recientes de la neurobiología y de la psicología que hacen hincapié en la causalidad «de arriba abajo» (*top-down causation*) en contraste con la causalidad «de abajo hacia arriba» (*bottom-up*). Esta concepción bidireccional de la causalidad es sin duda muy útil, como puede verificarse en varios campos, pero a la vez ha alimentado nuevas formas de dualismo o de espiritualismo, tales como las elaboradas por Eccles (1979) o por Sperry (1983). El cognitivismo ético ha sido muy atractivo para los profesionales de la psicología aplicada, especialmente en el campo de la clínica y de la psicoterapia, donde las técnicas de auto-control son bien acogidas. Evidentemente, es un tipo de cognitivismo muy distinto de los dos que hemos analizado antes. Hay que destacar un detalle sorprendente: el que algunas terapias cognitivas se desarrollaron a partir de las terapias conductuales, con términos híbridos, terapia cognitivo-conductual o conductual-cognitiva.

Al fin, el *cognitivismo institucional* se refiere a la oposición explícita o implícita entre la cognición, por un lado, y la emoción, la motivación y la afectividad, por otro. El interés por la cognición ha venido acompañado por el olvido de las otras dimensiones de la organización psicológica. Esta oposición no tiene su origen esencialmente o exclusivamente en las instituciones de enseñanza. Lo que quiero subrayar al utilizar la palabra *institucional* son las importantes consecuencias en el reparto de las tareas en la psicología universitaria y profesional, y en la separación en los cursos de psicología entre, por una parte, la cognición y la mente, reservadas con todo su propio prestigio a los especialistas del laboratorio y de la psicología teórica, y por otra parte las emociones y otras cosas sucias dejadas para quienes aceptan tratar los problemas psicológicos de la gente. Muchos psicólogos experimentales se ven ahora como «cognitivistas» o especialistas de las llamadas *cogniciencias*, y no rechazarían pasar a departamentos de informática o ciencias cognitivas si se les ofreciera. Entonces, no puede sorprender ver a los psicólogos en varios campos de aplicación, enfrentándose todavía con problemas esencialmente de naturaleza emocional o motivacional, alejarse de una ciencia básica que tiene poco que ellos puedan utilizar. La escisión dentro de la Asociación Americana de Psicología, que ha producido la creación de una nueva sociedad de universitarios e investigadores en el campo básico, puede interpretarse como un episodio más de la revolución cognitivista.

## Skinner contra los cognitivismos: «J'accuse...»

Basándonos en esta clasificación, aun imperfecta, volvemos a Skinner y a su posición frente a los cognitivismos. Aunque él no hizo este tipo de categorización, no hay ninguna dificultad para distinguir los argumentos que se refieren a cada tipo como los hemos definido.

Se puede imaginar razonablemente que, si el cognitivismo no hubiera sido más que el cognitivismo metodológico, Skinner no habría luchado contra el cognitivismo en absoluto. Habría seguido comentando el uso de algunos términos mentalistas, de la misma manera que hizo antes<sup>2</sup>, pero no habría identificado ningún peligro nuevo para la ciencia de la conducta. Parece completamente de acuerdo con nuestra descripción del cognitivismo metodológico cuando escribe, en la discusión de los comentarios sobre sus escritos clásicos reimprimados en la revista *Behavioral and Brain Sciences*:

«La mayor parte de lo que se llama la ciencia cognitiva es trabajo que se hubiese hecho más o menos de la misma manera antes de la introducción de esta palabra mágica». (Skinner, 1984, p. 507.)

O, en otra ocasión:

«Muchos psicólogos cognitivistas están haciendo investigación correcta». (Skinner, 1987b, p. 119.)

Además, Skinner reconoce que pueden producirse descubrimientos importantes bajo diversas banderas, y que no es necesario ser un miembro del club de privilegiados analistas de la conducta para contribuir al avance de la ciencia del comportamiento:

«Muchos de los datos, y también algunos de los principios que los psicólogos han descubierto cuando estaban pensando que hacían otra cosa resultan útiles. Por ejemplo, podemos aceptar lo que los psicofísicos nos dicen sobre respuestas y estímulos sin estar de acuerdo con ellos en cuanto a las relaciones matemáticas entre el mundo mental y el mundo físico. Podemos aceptar muchos datos publicados por los psicólogos cognitivos sin dar fe a sus interpretaciones de que los sujetos estaban tratando informaciones o acumulando representaciones o reglas». (Skinner, 1989, p. 63.)

Podemos pasar con igual rapidez sobre el cuarto tipo de cognitivismo, del que Skinner no se preocupó nunca. No se encuentra en sus trabajos empíricos o teóricos la separación entre cognición y emoción, o entre cognición y motivación. Mientras elaboró su propia aproximación a los temas de la motivación, en términos de refuerzo, se preocupó siempre de los subproductos emocionales de los controles aversivos en los animales o los humanos. Además, comentó muchas veces el tema del lugar de los sentimientos en un análisis conductual, y enseñó que una descripción científica no cambia su importancia subjetiva. Estuvo convencido de que la investigación básica puede tener aplicaciones importantes en la vida social y dedicó mucho tiempo y mucha energía a enseñar qué direccio-

2. Entre otras publicaciones en el artículo «The operational analysis of psychological terms», *Psychological Review*, 1945, 52, 270-277, reimpresso en Skinner (1984).

nes se pueden seguir. El divorcio entre la investigación básica y la práctica no podía verlo sino como una regresión, un paso hacia atrás.

Skinner dirigió sus objeciones esencialmente al segundo y al tercer tipo de cognitivismo. Sus ataques fueron especialmente fuertes contra el cognitivismo epistemológico. Sus argumentos se resumen perfectamente en la frase siguiente:

«A menudo se presenta la psicología cognitiva como una revuelta contra el conductismo, pero no es una revuelta, sino un retroceso». (Skinner, 1987b, p. 120.)

Es decir, un retroceso a costumbres y conceptos que ya había abandonado la psicología científica a través de un esfuerzo sostenido para liberarse del sentido común o del estilo filosófico en la descripción y la explicación de las conductas. Las costumbres de que se trata aquí son esencialmente costumbres en el uso de palabras inapropiadas, y los conceptos son los que tratan de los fenómenos mentales.

Skinner subraya la invasión de palabras que con anterioridad habían sido evitadas porque tienen varios sentidos, o están contaminadas con un uso demasiado confuso para ser utilizadas en una descripción científica. Denunció Skinner:

«a los cognitivistas que relajan las reglas de definición y de pensamiento lógico, y que se abandonan a especulaciones características de la metafísica, de la literatura, o de las interacciones cotidianas, especulaciones quizás aceptables en estos campos, pero ajenas a la ciencia». (Skinner, 1987b, p. 111.)

Para él, se puede explicar el éxito de la psicología cognitiva por haber rehabilitado maneras antiguas de hablar del hombre, por el recurso no crítico a términos tales como intención, mente, representación, etc. Si examinamos la literatura psicológica actual, será difícil no mostrarnos de acuerdo con Skinner en que la terminología se volvió muy confusa. Por ejemplo, la palabra *representación* se refiere a más de una docena de conceptos diferentes, habitualmente mal definidos. Afirma Skinner que este nuevo estilo no es preciso, que hay cosas que pueden expresarse en términos conductuales perfectamente claros. Para demostrarlo, tradujo a menudo descripciones de los psicólogos cognitivos a sus propios términos conductuales, con un resultado que no puede disgustar a los que aman la simplicidad.

Siempre se preocupó Skinner del uso de los términos en psicología. En uno de sus artículos más importantes, publicado en 1945, trató del «análisis operacional de los términos psicológicos» (cf. nota 2 supra). Insatisfecho con los límites impuestos por el operacionismo al estudio de los fenómenos privados, emprendió la tarea de analizar la relación entre los informes verbales y los estímulos y estados interiores que describen, y subrayó el papel de la comunidad lingüística en la elaboración de la capacidad del sujeto para describir su propio mundo interior. Ese artículo tiene mucha importancia en dos aspectos. En primer lugar, Skinner planteó claramente que tenía en cuenta los fenómenos privados (interiores o mentales). En segundo lugar, planteó los fundamentos de la elaboración ulterior de una concepción de la conciencia como el producto de las interacciones

entre el sujeto y la comunidad lingüística, una concepción que fue elaborada independientemente por Vygotski y por Luria.

Sin embargo, el problema no se limita a reintroducir el uso riguroso en el discurso psicológico. Los términos tienen, en este caso, implicaciones importantes, que están en el centro del cognitivismo epistemológico. Otra vez nos enfrentamos con la alternativa crucial ¿son los procesos cognitivos una parte de los comportamientos (son otra cosa que comportamientos) o tienen su propio estatuto de fenómenos mentales, causando los comportamientos, que entonces se concibirán como subproductos de ellos?

Skinner se declaró a favor de la primera posibilidad. Sus argumentos se pueden resumir en algunos puntos:

1. La psicología cognitiva, al recurrir abundantemente y de una manera no crítica a términos «cognitivos» atribuye a los sujetos, humanos y animales, un conocimiento implícito o explícito de las reglas, que no están, en realidad, en la mente de los sujetos, sino en la organización del medio ambiente, o de cualquier otra manera en la organización de las conductas mismas. No hay más razón para dar cuenta en términos de «conocimiento» de las conductas discriminativas, de las clasificaciones, o del reconocimiento de las caras, por ejemplo, que para hacerlo de las reacciones inmunitarias. Parece bastante claro que, si existe algún orden en el mundo —que es un postulado básico de la ciencia—, todo lo que queremos describir y explicar se puede hacer formulando reglas o leyes, pero estas reglas y leyes no se deben atribuir a las cosas descritas como conocimiento. Las características físicas de la bicicleta combinadas con las características del cuerpo humano determinan evidentemente la organización del comportamiento de ir en bicicleta; pero no se gana nada al añadir reglas independientes del comportamiento mismo, o reglas que precederían la producción. El tema ha sido discutido especialmente en relación con el uso y la adquisición del lenguaje. A Skinner le interesaban las reglas concebidas, en un sentido más estricto y muy diferente, como instrucciones verbales que un sujeto humano puede recibir de los otros, o utilizar por sí mismo, para mejorar una actividad motriz, adquirir sin daño las conductas adecuadas —como las de conducir un coche— o para solucionar problemas de todo tipo. Skinner llamó a estos comportamientos «comportamientos controlados por las reglas» en contraste con los comportamientos formados por las contingencias. Si se concede al lenguaje una posición superior en la jerarquía funcional de las conductas, los comportamientos controlados por las reglas serían un caso típico de causalidad de arriba hacia abajo (*Top-down causation*).

2. La psicología cognitiva, probablemente a causa de la invasión de las metáforas informáticas, ha dado una nueva vida a la teoría de las copias. Brevemente, la teoría de las copias plantea que, cuando percibimos, hacemos una especie de duplicado de lo percibido, que va ser almacenado en la cabeza; de la misma manera, cuando aprendemos, los recuerdos van acumulándose en un sitio propio de la mente, donde, después, nosotros podremos recuperarlos cuando los necesitemos. Se ha abandonado la palabra *copia*, y se ha reemplazado por términos más de moda, como el de *representación*. Skinner no había esperado el ascenso del cognitivismo para oponerse a la teoría de las copias en el campo de la percepción y de la memoria. Para él, la percepción y el aprendizaje no consis-

ten simplemente en la grabación del mundo exterior, sino en *acciones*. El organismo que percibe, o que aprende, está evidentemente cambiando en cualquier aspecto, pero el cambio no consiste en la adición de un «percepto» más, o de un recuerdo más en el almacén interior.

La primacía de la acción, no consiste solamente en actuar sobre el mundo exterior sino en recibir las informaciones del exterior a través de los receptores sensoriales. Ésta no es una idea exclusiva de Skinner. Se la puede considerar como una conquista decisiva de la psicología científica. Fue un tema central en las concepciones de Janet, y aún más, de Piaget. Como se sabe bien, Piaget buscó el origen del razonamiento lógico más abstracto en las acciones motrices del niño. También solía hablar no de percepción, sino de *actividades perceptivas*. La psicofisiología moderna nos enseña que las entradas (*inputs*) visuales o auditivas no son simples grabaciones de los estímulos convertidos en representaciones interiores, sino que son procesos activos regulados por refinados ajustes motrices. El funcionamiento del cerebro no se puede entender, y tampoco se pueden entender la toma y el tratamiento de las informaciones si no desembocan en actividades conductuales.

La psicología cognitiva nos ha acostumbrado al uso del concepto de representación de tal manera que desconocemos todas sus implicaciones. Además de rechazar la idea de que percibir, aprender o solucionar problemas son acciones, la psicología cognitiva implica que el mundo exterior tiene su propia organización inherente, la cual determina cómo estarán representados en la mente sus componentes. En otros términos, el mundo exterior está dado, y el sujeto psicológico solamente recoge y trata las representaciones. Para Skinner, y también para muchos psicólogos fuera tanto del campo de la psicología cognitiva como del conductismo, el organismo cambia a través de las interacciones con el medio ambiente: es decir que el mundo no se puede representar sino es a través de las acciones del sujeto.

Hay que subrayar que la primacía de las representaciones —o de manera más general de los estados mentales— sobre las acciones, —lo que ha señalado dos decenios de cognitivismo— ha sido recientemente sometida a discusión en el campo de la psicología cognitiva misma. Un ataque especialmente fuerte y argumentado lo expresó Francisco Varela (1989), quien se preocupa de restituir su primacía al concepto de acción. Insiste Varela en que las ciencias cognitivas vuelvan a concepciones interactivas, y propone el concepto de *enacción* en lugar de representación. Varela rehabilita las dimensiones históricas (es decir filogenéticas, ontogenéticas y culturales) del conocimiento. En un mapa concéntrico que muestra cómo varios científicos se sitúan en relación al cognitivismo tradicional y, en contraste, a la teoría de la emergencia y de la acción defendida por Varela, Piaget aparece muy cerca del propio Varela, y a distancia de los cognitivistas tradicionales, tales como Neisser en el campo de la psicología, Chomsky y Fodor en los campos de la lingüística y de la epistemología, o Hubel y Wiesel en el campo de la neurobiología. Varela descubrió de nuevo a Piaget; también hubiera podido volver a descubrir a Skinner.

No intento sugerir que la teoría de Varela y otras teorías semejantes sean nada más que una resurgencia del conductismo. Las ciencias cognitivas de hoy

evidentemente tratan de temas diferentes, y utilizan otros conceptos: jamás anda la ciencia hacia atrás. Sin embargo, lo que parece claro es que el cambio de acento corresponde a una reintegración de la conducta en el marco de la teoría psicológica: ya no puede verse el comportamiento como un subproducto de las representaciones.

3. Una consecuencia inevitable de la teoría de las copias es que implica la existencia del homúnculo, el pequeño hombre en la cabeza, que va a percibir o recordar la copia, lo que sólo puede hacer haciendo una copia más, y así *ad infinitum*. Si el proceso debe terminar, es preciso inventar un agente irreductible, que escapará a cualquier análisis. Es perfectamente lógica, en el marco de una teoría basada en las representaciones, la idea de Fodor de un núcleo irreductible a un análisis científico (Fodor, 1983).

Skinner, que había pasado su vida tratando de explicar las conductas sin recurrir a un agente interior, no pudo aceptar su resurgencia en el cognitivismo. Sus objeciones eran a la vez de naturaleza básica y de naturaleza práctica. En cuanto a las objeciones básicas, hemos visto que hay una relación muy estrecha entre las representaciones y el recurso a un agente autónomo: no comentaré más sobre este tema. Las objeciones prácticas también las dirigió Skinner al cognitivismo ético. Para Skinner, las concepciones del hombre basadas en el concepto de libre albedrío o de autonomía, como un ser de decisión libre, han fracasado completamente en solucionar los problemas de la humanidad. Propuso, en lugar de estas concepciones, un análisis conductual que es, de alguna manera, una historia natural y cultural de estas nociones tradicionales. Sugirió hacer hincapié en las condiciones del medio ambiente que conducen a los humanos a actuar y a sentirse libres, felices, autónomos. Al reanimar la vieja ilusión de que hay un agente autónomo en la mente de los humanos, el cognitivismo ético ha favorecido otra vez algunas prácticas educativas, psicoterapéuticas y sociales que apelan a las fuerzas interiores de los individuos, mientras que desconocen las condiciones, las contingencias que, de hecho, quizá subrepticamente, están en el origen de las disposiciones interiores. A Skinner le preocupó este tema en sus numerosos escritos de filosofía social, que tienen especial actualidad hoy. Eso es otra historia...

## REFERENCIAS

- Dickinson, A. (1980). *Contemporary Animal Learning Theory*. London: Cambridge University Press.
- Eccles, J.C. (1979). *The Human Mystery*. Berlin: Springer.
- Fodor, J.A. (1983). *The Modularity of Mind*. Cambridge, Mass.: MIT/Bradford Press.
- Le Ny, J.F. (1985). European Roots and Behaviourism and Recent Developments. In C.F. Lowe, M. Richelle, D.E. Blackman and C.M. Bradshaw (Eds.), *Behaviour Analysis and Contemporary Psychology* (pp. 13-32). London: Lawrence Erlbaum.
- Richelle, M. (1985). Behaviour analysis and contemporary psychology. Introduction. In F. Lowe, M. Richelle, D. Blackman and C.M. Bradshaw (Eds.), *Behaviour Analysis and Contemporary Psychology* (pp. 3-11). London: Lawrence Erlbaum.
- Richelle, M. (1986). Introduction: on some varieties of cognitivism. In P. Eelen and O. Fontaine (Eds.), *Behavior Therapy: beyond the conditioning framework* (pp. 13-21). Hillsdale, New Jersey-Leuven: Lawrence Erlbaum-Leuven University Press.

- Richelle, M. (1987). Les cognitivismes: progrès, régression ou suicide de la psychologie? In M. Siguan (Ed.), *Comportement, Cognition, Conscience* (pp. 181-199). Paris: P.U.F.
- Siguan, M. (Ed.) (1987). *Comportement, Cognition, Conscience*. Paris: P.U.F.
- Skinner, B.F. (1961). *Cumulative Record*. New York: Appleton Century Crofts.
- Skinner, B.F. (1984). Canonical papers of B.F. Skinner. *Behavioral and Brain Sciences*, 7, 477-724.
- Skinner, B.F. (1985). Cognitive Science and Behaviorism. *British Journal of Psychology*, 76, 291-301.
- Skinner, B.F. (1987a). Whatever happened to psychology as the science of behavior? *American Psychologist*, 42, 780-786.
- Skinner, B.F. (1987b). *Upon further reflection*, Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice-Hall.
- Skinner, B.F. (1989). *Recent Issues in the Analysis of Behavior*. Columbus, Ohio: Merrill Publishing Company.
- Skinner, B.F. (1990). Can Psychology be a Science of Mind? *American Psychologist*, 45, 1206-1210.
- Sperry, R. (1983). *Science and Moral Priority*, Oxford: Blackwell, B.
- Varela, F. (1989). *Les Sciences cognitives: tendances et perspectives*, Paris: Du Seuil.

